

RELATO GANADOR DEL CONCURSO LITERARIO.

AUTORA: MARÍA JUÁREZ CALVILLO (1º BACH B)

Categoría II

La vieja de la estación

Se llamaba Hortensia, cuando la gente oía su nombre pensaba que su madre no la tenía que querer para ponerle ese nombre, sin embargo tuvo una infancia feliz, siempre fue muy tímida pero eso nunca le pareció un problema.

Con el paso del tiempo se había vuelto silenciosa y observadora, nadie sabe muy bien cuántos años tendría, vivía sola en el quinto de una calle cualquiera, en una ciudad no muy pequeña pero lo suficientemente grande para que no mucha gente la conociera.

La vida de Hortensia no había sido lo que se dice emocionante, desde que dejó la casa de sus padres trabajó y vivió ganándose el pan. Nunca tuvo muchas amigas, y el amor nunca llamó a su puerta aunque eso jamás le preocupó, pues ella tampoco estuvo enamorada nunca, o al menos de nadie en particular, porque realmente siempre estuvo enamorada, enamorada de la vida.

Desde pequeña aprendió a vivir las cosas desde fuera, su máxima era observar e imaginar, cuando todavía era una niña disfrutaba simplemente paseando de la mano de su madre, y viendo pasar el gentío, pero algo con lo que realmente era feliz era cuando llovía, nunca llegó a entender porque la gente le tenía esa manía a la lluvia, consideraba la lluvia un milagro de dios y sonreía con cada gota que caía, su madre siempre le decía que no podía reírse de la lluvia que la gente pensaría que estaba loca, pero por mucho que le dijera su madre, la gente acabaría pensándolo.

Por mucho que pasaron los años, Hortensia no cambió. Desde que se mudó a su piso, nadie del barrio recuerda exactamente cuando, siempre hacía lo mismo: por la mañana desde muy temprano iba hasta la estación de trenes se sentaba y dejaba pasar las horas contemplando a la gente, volvía a su casa a comer y regresaba a su querida estación por la tarde, para hacer exactamente lo mismo.

A los ojos de cualquiera parecería una perturbada, una loca... Cada uno tenía su versión sobre por qué la pobre anciana hacía todos los días aquel aburrido ritual; que si no tendría nada qué hacer, que si se encontraría sola, incluso que si no tenía casa...

Era una tarde cualquiera de febrero, yo me tenía que bajar en la siguiente parada, pero no se por qué, quizás era porque ese día el sol lucía como hace tiempo que no lo hacía, quizás fue el destino, aunque eso ahora da igual, la cosa es que decidí bajarme una parada antes para ir un trozo más largo andando a casa, y ver el sol. Bajé en esa

parada, la de Santa Damiana, eran las 4 de la tarde y como era de esperar la estación estaba más que desierta, excepto por una anciana que estaba sentada en un banco.

Al día siguiente, casi sin querer, hice lo mismo, me bajé en la parada anterior, y allí estaba ella.

Empecé a hacerlo cada día, me paraba en esa estación, yo me excusaba en que me apetecía andar.

Había cogido la costumbre de bajarme en esa estación, hasta que un día cuando me bajé, no tenía ganas de andar, y decidí sentarme antes de emprender mi vuelta a casa.

Todos los bancos estaban vacíos, excepto el suyo, el de aquella anciana misteriosa, no sé qué es lo que me movió a sentarme en su mismo banco, pero sin darme cuenta ya estaba junto a ella.

Era una mujer mayor, y muy bella, no guapa, ella era bella: su pelo largo, del color de las perlas caía sobre sus hombros con gracia, tenía un color en los ojos indefinible y una sonrisa que ninguna estrella de cine habría podido igualar. Aunque cualquiera que la hubiera visto habría dicho que era una vieja, una vieja normal, del montón, pero ella era hermosa, que la gente no lo supiera ver es diferente.

-Hoy hace un buen día, ¿verdad?-dijo la vieja.

-Mm... está nublado- dije yo un poco desconcertada, aunque dentro de lo normal, ¿quién no entabla una conversación sobre el tiempo?

La vieja sonrió, iluminando su cara, -¿nublado? Qué graciosa.

-Sí...supongo- dije yo sintiéndome ya un poco incómoda.

-Pero mañana será mejor.

Esa noche dormí pensando qué tendría de “mejor” mañana.

Cuando llegué a su estación ella ya estaba allí. Sentada en el mismo banco.

Llovía a cántaros. Y ella sonreía incluso más que ayer. Le mandé un mensaje a mi madre para que me recogiera. Y me senté para esperarla.

-Buenos días- dije por educación.

-Shhhh,- me mandó callar -que no puedo oír.

- Perdón- dije yo, sin saber muy bien por qué me disculpaba.- ¿Qué es lo que no oye?

-A la lluvia-dijo ella, sin parar de sonreír.

Ese comentario me dio tanto miedo que decidí esperar a mi madre en otra parte, cuando me dispuse a levantarme, ella me paró.

-Oye tu, niña...-me dijo.

-Perdone tengo que irme- me excusé yo, intentando escapar, de aquella viejita que ya no me parecía tan inofensiva. Me levanté y cuando me dispuse a irme me preguntó.

-¿Cómo haces para disfrutar?- dijo realmente tranquila.

-¿Cómo dice?...disfrutar, no sé de qué me habla, verá es que tengo que irme...

-Entiendo, la juventud de hoy en día ni siquiera sabe el significado de esa palabra.

-Oiga, no sé de qué me habla.

-Disfrutar, esa sensación que te recorre el cuerpo, que no puedes evitar cuando haces algo que realmente te complace, regocijarse, deleitarse, tú no sabrás lo que es eso ¿verdad?

Esa noche no podía dejar de pensar en lo que me había dicho. Intentaba convencerme de que solo era una vieja loca. Pero no lo lograba. Sus palabras eran tan profundas, que era incapaz de ignorarlas.

No pude evitar ir al día siguiente a su parada.

Me senté, a su lado, y decidí empezar a hablar yo.

-Oiga no sé de dónde sale usted, ni qué quiere de mí, pero quiero que sepa que como me siga molestando...- dije intentando disimular los nervios que recorrían mi cuerpo.

La vieja me ignoró y me respondió- ¿te gusta la lluvia?

-¿la lluvia?- me di por vencida.

-¿has pensado en lo que te dije ayer? ¿Podrías decirme con qué te deleitas?

-No sé a qué se refiere.

-¿Serías capaz de decirme qué te produce felicidad?

- no sé, supongo que lo normal, estar con mis amigos, escuchar música...

-Deja de decir tonterías, niña. La felicidad es otra cosa, la felicidad es indefinible, pero ¿acaso cuando haces eso tu cuerpo es capaz de flotar, acaso te recorre una sensación nueva cada vez pero que reconoces al instante...acaso has sentido esto alguna vez?

Cuando llegué a casa me sentía pequeña, sí, ésa era la sensación, era pequeñita, esa vieja me había hecho reflexionar como nadie lo había hecho. Y esto por una parte me fastidiaba muchísimo, y por otra me fascinaba de tal modo que no podía dejar de pensar en sus palabras.

Me tumbé en mi cama a pensar sobre las palabras de la vieja, y entró mi madre en la habitación.

-Mamá, ¿tú con qué eres feliz?- decidí preguntar directamente.

- ¿Te encuentras bien, hija? ¿Has estado estudiando filosofía demasiado tiempo, eh? anda descansa un poco.

-Mamá, lo digo en serio.

-No sé hija, soy feliz cuando tú eres feliz.

-Eso suena muy bonito, pero poco creíble. Es que he hablado con una anciana en la estación que me ha hecho pensar.

-¿Con una anciana? ¿la de Santa Damiana?

-Sí ¿la conoces?

-No, la gente del barrio la llama “la vieja de la estación”, cuentan que se pasa los días en la estación y nunca coge un tren. Ten cuidado con quién vas. La gente no habla bien de ella.

-La gente... ¿quién es la gente?

En ese momento suena el teléfono, es mi amiga del alma. Quizás ella me podía quitar alguna preocupación, o quizás, preocuparme más.

-¡Hola! ¿Qué tal?

-Pues aquí, reflexionando sobre la vida.

-Ah... yo acabo de terminar las actividades de Historia.

-Oye ¿puedo preguntarte algo?

-Supongo que sí.

-¿Con qué eres feliz?- tenía que preguntárselo, lo necesitaba.

-¿De qué hablas chiquilla? ¿Te has dado un golpe o algo? ¿Llevas muchas horas estudiando?

-No...-cada vez me desesperaba más.

- No sé, cuando vengan las vacaciones seré feliz.

-Anda déjalo.

-¿Pero estás bien?

-Sí, nos vemos mañana.

-Adiós.

Me sentí vacía, pero lo peor es que mi amiga, me parecía más vacía aún, ¿sería verdad eso que no paran de decir de que los adolescentes de hoy en día se pasan las horas viendo la tele, que no miran por los demás, y que si ellos y ellas son el futuro vamos mal?

Me invadía una sensación de desamparo, y de odio hacia esa estúpida vieja, aunque no sabía muy bien por qué, solo me hacía pensar.

Al día siguiente, fui a buscar a esa vieja con odio hasta en el último pelo de mi cabeza.

-Oiga, ¿quién es usted? ¿Por qué me hace esto? ¿Y por qué le sigo haciendo caso? ¿Por qué me siento vacía? ¿Por qué hasta hace pocos días no me preocupaba por mi lugar en el mundo, y ahora porque una vieja, que no se mueve de este banco, me diga que la lluvia es más que lluvia, y yo voy y me lo creo? ¿por qué nunca coge un tren? ¿por qué?

-Ven aquí muchacha. Te enseñaré algo.-dijo con su extrema tranquilidad.

-¡Oiga, respóndame!-estaba tan alterada que no me daba cuenta de que estaba gritando.

-Yo no tengo tantas respuestas, muchacha. Ven conmigo.

La seguí, era la primera vez que la veía levantarse del banco. Salimos de la estación, ni siquiera andamos más de cincuenta metros, y se paró. No había gente en los alrededores.

-Mira al cielo- dijo la vieja.

La obedecí, el cielo estaba llenos de nubes negras. Yo ya no sentía rabia.

-Está nublado, como tú dices- dijo sonriendo.-A veces simplemente hay que mirar al cielo y sonreír, y no preguntarse nada más.

-No entiendo nada.

-La vieja rió a carcajadas- las repuestas vienen solas, pero tú no deberías hacer caso a la vieja de la estación.

Nos sentamos en el banco, viendo pasar las horas, hablamos muy poco, no hacía falta.

Volví a casa, más tarde de lo normal, pero a nadie le extrañó, si me hubieran preguntado qué había estado haciendo esa tarde, no hubiera sabido qué decirle: ¿mirando las nubes?

Esa noche soñé que Hortensia cogía un tren.

Al día siguiente, volví a las estación, aunque presentía que no estaría, cuando llegué estaba desierta, me senté en su banco y sonreí como una tonta, ella debía estar contenta, esa tarde llovía.

AUTORA: MARÍA JUÁREZ CALVILLO (1º BACH B)

Categoría II

El relato ganador de la categoría I es de Pablo López Beltrán de 3º de ESO y está pendiente su publicación aquí.